

METÁFORAS PARA LA UNIDAD EN LA HOMELIA IN LAUDE ECCLESIAE DE LEANDRO DE SEVILLA

ANTONIO GÓMEZ COBO

Introducción

En el mes de mayo del año 589 se reunía una gran asamblea conciliar en Toledo para «celebrar» públicamente la unidad conseguida tras la abjuración de los arrianos y su conversión al catolicismo. Dos protagonistas principales (Leandro de Sevilla y el rey Recaredo) sabían que la consecución de la unidad religiosa era garantía de unidad de los dos pueblos (visigodos y católicos). La base de todo ello fue la fe común aceptada por todos. Leandro, creyente convencido y artífice en gran medida de aquella unidad¹, en su discurso de clausura², supo servirse de metáforas bíblicas y de sus conocimientos literarios para interpretar aquel magno acontecimiento que los reunía, considerando que las promesas divinas se habían cumplido. Numerosos pueblos de la España visigoda se habían reunido de nuevo en torno a Cristo, «piedra angular» de la nueva construcción. Su relectura de los hechos se convertía así en una gozosa actualización litúrgica de la unidad. En esa relectura, la alusión directa o indirecta a determinadas parábolas bíblicas de unidad tiene un papel fundamental. En ellas nos vamos

¹ Cf. ISIDORUS HISP., *De viris illustribus*, 41. PL 83 1103-1104.

² *Homelia in laude ecclesiae...* Citamos por la edición de G. MARTÍNEZ DÍEZ- F. RODRÍGUEZ, *La colección canónica hispana. V. Concilios hispanos: Segunda Parte*. Madrid, 1992. Nuestro estudio sobre Leandro de Sevilla sigue el texto de esta edición (pp. 148-159). Sin mencionar en adelante la edición, citaremos, en primer lugar, la página y luego las líneas de la página en que se hallen las citas. Cf. también A. GÓMEZ COBO, *La homelia in laude Ecclesiae de Leandro de Sevilla. Estudio y valoración*. Murcia, 1999 43-53.

a detener considerándolas y agrupándolas por contenidos aproximados al significado de cada uno de los grupos.

1. *Metáfora de unidad familiar*

Por su importancia como apertura del discurso elegimos la parábola del hijo pródigo mencionada implícitamente por Leandro para unir los dos grandes temas de todo el discurso: la unidad y la alegría. La primera, causa de la segunda y la segunda, explosión letífica del gozo sentido por todos por la vuelta a la casa de los hermanos que en otro tiempo se habían marchado. Los arrianos volvían a la Iglesia católica llenos de los frutos de la conversión.

Metáfora de la Iglesia como padre.

«Fili, tu **semper** mecum es et omnia mea tua sunt; epulari autem, et gaudere oportebat, quia frater tuus hic mortuus erat, et revixit; perierat, et **inventus est**» (cf. *Lc* 15,31³).

La alusión implícita a la parábola del hijo pródigo abre camino a las metáforas que seguirán. Basta una lectura atenta para darse cuenta de que Leandro ha utilizado una relectura del texto lucano (cf. *Lc* 15, 11-32) hecha antes por Agustín de Hipona. El discurso de Leandro, de estructura circular, comienza con alegría por la vuelta de los arrianos:

«Festivitatem hanc omnium esse sollemniorem festivitatum novitas ipsa significat, quoniam nova est conversio tantarum plebium causa, ita et noviora sunt solito Ecclesiae gaudia. Nam multas sollemnitates per anni decursum celebrat Ecclesia, in quibus tamen si habet gaudia consueta, nova vero sicut in hanc non habet. Aliter enim gaudet de rebus **semper possessis**, aliter de lucris magnis his **nuper inventis**» (148,100-106).

Y acaba también con una mención bíblica de la alegría de la Buena Noticia de la unidad: «Dicamus ergo omnes: *Gloria in excelsis Deo y et in terra pax hominibus bonae voluntatis*» (158,250-251).

³ Cf. *Jn* 17,10: «y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío», palabras de Jesús a su Padre.

Sus dos fuentes de inspiración para explicar el gozo y la alegría de la unidad familiar recuperada son, pues, el evangelio de san Lucas y Agustín de Hipona. La Iglesia aparece como un padre que, de acuerdo con la parábola del evangelio, tiene gozos diversos, explicados y resumidos en esas dos actitudes presentes también en la parábola:

Dos actitudes que retratan los sucesos «recordados» y «celebrados»:

Unos quedaron en casa (católicos)	« <i>habet gaudia consueta</i> »
Otros se marcharon y vuelven ahora (visigodos)	« <i>nova vero sicut in hac non habet</i> »

La expresión «*gaudia consueta*» remite a la postura del hijo mayor de la parábola que permanece en casa (cf. *Lc* 15,25-32). Con las lógicas diferencias de la relectura, puede aludir a los católicos que habían permanecido en la «casa». Eso es ratificado con palabras del padre de la parábola («*tu semper mecum es*», *Lc* 15,31), cuyo eco se deja sentir en el discurso («*aliter gaudet de rebus semper possessis*», 148,105). Y así como el padre de la parábola explica a los criados la razón de su gozo («*hic filius meus mortuus erat et revixit perierat et inventus est*», *Lc* 15,24), el orador describe en su discurso el gozo de la Iglesia por el encuentro reciente de sus hijos que, llenos de riquezas, («*aliter de lucris magnis his nuper inventis*», 148,104-105) han vuelto a la casa. Es evidente que el tema de la alegría es consecuencia de la unidad recobrada. Los adverbios de contraste (*semper... nuper*) resumen las dos clases de alegría del padre: alegría por los hijos que permanecen (*semper possessis*) y alegría por los hijos que se marcharon y vuelven ahora (*nuper inventis*). Agustín de Hipona, cuya relectura de la parábola siguió después Leandro, habla precisamente de los herejes que abandonaron la Iglesia:

«*Quaerimus injustos; ne permaneatis iniusti; ut de inventis gaudere possimus*»⁴.

«*Quaerimus vos, quia peristis*» ut de *inventis gaudeamus*»⁵.

Podemos comprobar así que Leandro utilizó expresiones y conceptos semejantes para explicar el gozo por la unidad recuperada. Aquella asam-

⁴ AUGUST. HIP., *Epist.* 108 57 10. CSEL 57 37.

⁵ *Ibid.*, *Epist.* 140 34. CSEL 44 227.

blea conciliar del año 589 en Toledo fue nuevamente motivo de un gozo que convenía «escenificar» públicamente en una manifestación que recordara que se habían cumplido las promesas que desde antiguo anunció la Sagrada Escritura⁶.

2. Metáforas de unidad corporal. El cuerpo y la cabeza

2.1. Metáfora del cuerpo

No vamos a debatir ahora si el vocablo «cuerpo», aplicado a Cristo y a la Iglesia, es o no una metáfora. Pero sí hemos de tener claro que nos hallamos ante una palabra del «mundo de la gracia». Por tanto, como no es un vocablo que se utiliza en sentido unívoco, el lenguaje utilizado para hablar de ese mundo misterioso de la gracia, tiene que ser necesariamente metafórico, aunque no irreal. No irreal, porque las metáforas se utilizan para hablar de realidades inexplicables de otro modo. En dos ocasiones del discurso utiliza Leandro la metáfora del cuerpo («*gaude et consurge, unum corpus Christi*», 151,141-142; «*ille igitur caput et ista corpus*», 156,225-226) para referirse a la Iglesia y explicar la relación y de la unidad de los miembros entre sí y con Cristo (cabeza). Se trata en realidad de una metáfora propia de los escritos paulinos. Es Pablo el único que la usa en el Nuevo Testamento, aunque tiene sus raíces en el mundo de la cultura helenística en el que Pablo vivió. Era, por tanto, un hombre habituado a convivir con culturas diversas, de carácter abierto y en sintonía con las corrientes helenísticas de su época y de su mundo. Huellas de este contexto cultural se dejan ver en sus escritos. Su amplitud de miras, acorde con el pensamiento helenista, es la que le hizo afirmar que no hay diferencia entre judíos y paganos, griegos y bárbaros, libres y esclavos (cf. *1Cor* 12, 13; *Gal* 3, 28; *Col* 3, 11; cf. *Rom* 10, 12; 3, 32), fundamentando así la base de un nuevo orden social, basado en la unidad. Y fue esa base de igualdad de todos los hombres entre sí la que recoge con la metáfora del *Corpus Christi mysticum*⁷. La Iglesia aparece como un organismo vivo en el que cada miembro tiene una misión. Pablo

⁶ «*Haec de cetero per ea quae iam sublata sunt, ea quae adhuc exspectantur implenda, vera esse credamus. Quae enim praefata sunt, Domino dicente: «Alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovili, et illas oportet ad me adduci, ut sit unus grex et unus pastor» (Jn 10, 16), ecce contuemur fuisse completa. Pro qua re non dubitemus totum mundum posse in Christo credere atque ad unam Ecclesiam convenire...» (153,173-179).*

⁷ Cf. I. RODRÍGUEZ, *Antigüedad clásica y cristianismo*. Salamanca, 1983 329.

utilizó esa imagen para subrayar la importancia de la unidad y la colaboración de los miembros del cuerpo entre sí⁸. Eso se comprueba especialmente en un texto significativo (cf. *1 Cor* 12, 12-38) donde la Iglesia es presentada como un cuerpo vivo humano⁹. Menenio Agripa había aplicado con gran éxito esta fábula a la sociedad romana¹⁰. «Un día» los miembros del cuerpo humano, sabedores de que trabajaban para el estómago, se disgustaron pensando que éste sólo recibía el trabajo por ellos realizado. Con ella, acabó convenciendo a los huelguistas de que si hacían huelga contra el estómago y éste dejaba de trabajar porque no le enviaban lo necesario todo el cuerpo perecería. Los plebeyos fueron convencidos con este relato y abandonaron su rebelión contra el Senado, conscientes de que la división es funesta para el Estado¹¹. Al fin y al cabo Senado y plebeyos no formaban sino un solo cuerpo en el que todos colaboran. Pablo, conocedor de la fábula helenista y de la diatriba estoica, hizo su lectura¹² para hablar de la unidad y de las relaciones internas de la «sociedad» eclesial (un solo cuerpo y muchos miembros) y de la unidad y relación con el Señor («el cuerpo de Cristo», «un solo cuerpo»). Fue en este contexto donde habló de esos carismas o dones que el Espíritu Santo otorga a cada uno para provecho de la comunidad (cf. *1 Cor* 12, 4), pero con significativas y apreciables diferencias. Si los helenistas hablaron de dones de la naturaleza y exhortaron a la plebe a someterse a los senadores, Pablo, por el contrario, habló de dones otorgados por Dios sin insistir en el sometimiento de los débiles a los poderosos. Habló más bien del trato especial que se ha de dispensar a los más débiles y necesitados de esa comunidad. De ahí que la doble vertiente de la unidad (unidad o relación de los miembros con la cabeza, Cristo; y unidad de los miembros entre sí) conservada en los escritos paulinos sea una idea relevante de la unidad. En cartas como *Colosenses* y *Efesios*, se utiliza la metáfora más «elaborada» tratando, en la primera, sobre Cristo cabeza y fuente de vida de todo el cuerpo y, refiriéndose, en la segunda, a toda la Iglesia universal como *cuerpo de Cristo* (1,23; 4,15s) y como *familia de Dios y edificio*, cuya

⁸ Cf. Felipe F. RAMOS, «Iglesia», en *Diccionario de San Pablo*. Burgos, 1999 647-648.

⁹ Cf. I. RODRÍGUEZ, *Antigüedad* ..., 330-333.

¹⁰ LIV., *Historia de Roma desde su fundación*. 2,32-72. Madrid, 2000 162-163. La metáfora se halla también en Séneca (*Ira* 2, 31.7), en Marco Aurelio (7, 13) y en Epicteto (*Discursos* 2,10.3).

¹¹ Cf. LIV., 2, 32, 7-12.

¹² Cf. I. RODRÍGUEZ, *Contribución filológica a la doctrina del Cuerpo Místico en san Pablo*. En «Verdad y Vida 1(1943) 48-72. Cf. H- HAAG- A.VAN DEN BORN- S. DE AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*. Barcelona, 2000 (10ª ed.) 882.883.

pedra angular es Cristo (2,20-22)¹³, cosa que encontramos también al final del discurso de Leandro gozoso por la unidad.

2.2. Metáfora de la cabeza

En relación con la metáfora anterior se halla la metáfora de la cabeza. La doctrina paulina, seguida por Leandro, afirma que Cristo es la cabeza que da vida a todo el cuerpo¹⁴. En la relectura de Leandro sugiere que una sociedad o una Iglesia que se ha atrevido a prescindir de su cabeza, es necesariamente un cuerpo sin vida. Los arrianos habían prescindido de Cristo sembrando la división de los miembros y la muerte de todo el cuerpo. Así habían acabado con la unidad del único cuerpo sembrando la muerte y la dispersión. Sin la cabeza (Cristo) no puede haber unidad ni vida; no puede vivir un cuerpo sin cabeza¹⁵. Por eso entendemos que la doble mención de esta metáfora en el discurso es significativa teológica y socialmente. Es esa relación vertical con la cabeza la que mantiene la vida y la unidad de todos los demás miembros del «único cuerpo». Sobre esa unidad (horizontal y vertical) que es un todo se ha de asentar la vida de la Iglesia y de la Nación visigodas¹⁶. Por eso Leandro relacionó, en su discurso, esta metáfora con la del matrimonio como antes había hecho Agustín de Hipona al decir que *como cabeza Él se llama «esposo» y como cuerpo la Iglesia se llama «esposa»*¹⁷.

3. Metáforas de unidad matrimonial. Metáfora del matrimonio

Una de las metáforas más relevantes y que mejor explica la unidad en el discurso de Leandro es la del matrimonio. Sus raíces se hunden en el

¹³ Cf. Felipe F. RAMOS, a.c. 652.

¹⁴ Jesucristo es la cabeza de ese cuerpo que es la Iglesia (cf. *Ef* 1,22-23; 4,15-16; *Col* 1,18; 2,19). Esto implica una clara relación personal que también se explica en Pablo y en el discurso de Leandro con la imagen del **Esposo y la Esposa**. Cf. Esposo: *Mc* 2, 19; *Mt* 22, 1-14; 25,1-13). Esposa: *Apoc* 22,17; *Ef* 1, 4; 5,27) a la Cristo amó y por la que se entregó (*Ef* 5,26).

¹⁵ Cf. I. RODRÍGUEZ, *Antigüedad clásica...*, 335. Cf. *Ef* 4,15; 5,23b; *Col* 1,18; 2,19.

¹⁶ Cf. «*Crecamos en todo en Aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*» (*Efesios* 4,15-16). Cristo «es la Cabeza del Cuerpo que es la Iglesia» (*Col* 1,18).

¹⁷ AUGUST. HIP., *Enarraciones in psalmos*, 74, 4. PL 36 948-949.

Antiguo Testamento y se prolongan en el Nuevo Testamento, donde no sólo los evangelistas, sino especialmente Pablo la utilizan para explicar la íntima relación entre Cristo (cabeza) y los cristianos (miembros). El Antiguo Testamento, especialmente los Profetas, la habían utilizado para explicar la relación de Dios (esposo) con su pueblo (esposa). Los profetas habían predicado que, en el futuro tiempo de salvación, Dios se volvería a desposar con los hombres. El Nuevo Testamento explicó con ella la unidad de Jesucristo (esposo) con el pueblo (esposa). Se trata, por tanto, de una clara imagen de unidad. Pero entre el Antiguo y el Nuevo Testamento hay un contraste. En el primero, Israel es presentado como una esposa infiel de Dios, mientras que en el Nuevo Testamento, la Iglesia aparece como virgen fiel que espera la venida de Jesucristo, el esposo. En línea con estas ideas tenemos que entender la concepción paulina, fundamentada en los Profetas y en los rabinos que interpretaron la alianza de Dios con su pueblo en el Sinaí como un desposorio con su pueblo. Estos desposorios fueron también profetizados en el comienzo de la humanidad (cf. *Ef* 5,31). La «formación» de Eva (cf. *Gén* 2,18-25) es símbolo de la Iglesia que nace del costado de Cristo muerto. Por eso habla Pablo de la Iglesia –esposa de Cristo– refiriéndose no sólo a la comunidad de Corinto (cf. *2Cor* 11,2), sino a toda la Iglesia cuya virginidad es la pureza e integridad de la fe. «Pablo presenta a la Iglesia de Corinto, hombres y mujeres, como prometidos de Cristo. El verbo ἀρμύζω, usado por el Apóstol, es un término técnico de la celebración de esponsales desde Píndaro, siglos VI-C a. C. Tiene aquí fuerza escatológica porque el matrimonio se celebrará en el cielo»¹⁸. Y en *Efesios* 5,21-33 se utiliza el *Salmo* 44, el *Cantar de los Cantares* y *Génesis* 2,24, para describir

¹⁸ I. RODRÍGUEZ, *Los escritos de san Francisco de Asís*, 214. Esta metáfora de la Iglesia-esposa de Cristo se encuentra formulada de diversas formas en los *Santos Padres*, lo cual nos indica que es una idea que había llegado muy hondo en los sentimientos de los creyentes. Pero los santos Padres tienen una nota diferenciadora que no aparece en la Biblia: En san Pablo se destaca la unidad entre Cristo y la Iglesia; en los Santos Padres, se subraya la fecundidad de la Iglesia, que, siendo virgen y madre, es pura por su fe. Es a la vez virgen y madre; virgen por la pureza de su fe, madre porque sigue dando a luz nuevos hijos o miembros del cuerpo de Cristo en el Bautismo, cosa que no es ajena a la Sagrada Escritura (cf. *Col* 2,19; *Ef* 2,22; 4,11-16). La forma de fecundidad de la Iglesia en los Santos Padres consiste en que la Iglesia sigue teniendo nuevos hijos e hijas por su comunidad con Cristo, según lo que apunta *Apocalipsis* 7, 9. Así nace el pensamiento de que la Iglesia es la comunidad de creyentes (cuerpo) unida a Cristo (cabeza) y, por tanto, la Iglesia como madre. Cf. Tres veces alude Leandro, en su discurso, al parto de la Iglesia: 149,107-108; 151,144-146; 153,166-171.

a la Iglesia como esposa de Cristo que Él ha ganado para sí al morir¹⁹ y al entregar su sangre como dote y precio. Es Él quien «adquiere» también a la comunidad humana como esposa. Por eso, relacionando el discurso con la teología paulina, podríamos decir que en esa «*sola carne*» (persona) del Génesis, mencionada por los profetas y aplicada luego por Pablo a Cristo y a la Iglesia (esposo y esposa), no tiene cabida «un tercer elemento». Que un elemento «extraño» a esa unidad se intercale en esa única es antinatural porque desgarraría esa «sola carne». Leandro, siguiendo ese lenguaje profético, llamará a la herejía no sólo «prostituta» sino «antinatural: *quicumque extraneus est ab ea, licet Christiano nomine nuncupetur, Christi tamen corporis compage non tenetur*»²⁰. Ésa es la razón por la que Leandro afirma e insiste en su discurso: «*tantus denique est sponsus tuus, cuius imperio regeris...*»²¹. Y para que no haya duda alguna, repite: «*de quibus in principio Genesis dicitur: 'Erunt duo in carne una'; quod Apostolus in Christo intelligit et in Ecclesia*»²². Se entiende así que Leandro llame a la herejía no sólo «adúltera», sino «antinatural»: «*haeresis enim quae respuit catholicae Ecclesiae unitatem eo quod adulterino amore diligit Christum, non uxoris, sed concubinae obtinet locum*»²³. La razón (*quoniam*) que ofrece nos remite a la misma idea con que comenzó: «*quoniam re vera duos dicit Scriptura esse in carne una, videlicet, Christum et Ecclesiam, quo loco meretrix nullum invenit tertiam*»²⁴. Y finaliza con una doble cita veterotestamentaria del Cantar²⁵ para dejar clara su idea y establecer la conclusión (*nunc*) siguiente: «*Quaerant nunc haereses a quo construpentur vel cuius sint prostibulum factae...*»²⁶. La razón que da es el abandono de la unidad: «*quoniam ab immaculato toro recesserunt Christi*»²⁷.

¹⁹ Por eso se llama también «posesión». En la muerte se entregó por ella (*Ef* 5, 2; *Gál* 2,20; 1,4; *1Tim* 2,6; *Tit* 2,13; *Hech* 20,28). Pero al sacrificar su vida por ella le regaló la vida eterna. Estamos ante una idea relacionada, como se podrá ver, con la metáfora de «posesión».

²⁰ 157, 229-230.

²¹ 151, 146-147.

²² 157, 226-227.

²³ 157, 231-233.

²⁴ 157, 234-235.

²⁵ 157, 235-237. Cf. *Cant* 6, 8; 6, 2.

²⁶ 157, 238-239.

²⁷ 157, 239-240.

4. *Metáfora del origen natural común del género humano*

Remontarse al origen del género humano a partir de una sola persona fue un recurso que Pablo, siguiendo la tradición, utilizó para justificar el origen común y solidario de todos los seres humanos desde el propio Adán. La base racial del género humano es base natural para la unidad de toda la comunidad humana en el orden sobrenatural²⁸. El paralelo entre Adán-cabeza de la especie humana y el segundo Adán (Cristo)-cabeza moral del género humano, es un recurso utilizado para insistir en que todos los miembros del segundo Adán son hermanos en el orden sobrenatural. De ahí su afirmación de que en este orden no hay griegos, judíos, escitas. En este orden no se admiten diferencias étnicas, nacionales o sociales (esclavos o libres) porque Cristo es todo en todos. Según esta visión, la humanidad tiene un solo y único Creador y un solo Redentor. De ahí que el paralelo entre Adán y Cristo (cf. *1Cor* 15,20-22.44-49; *Rom* 5,12-21) explique la universalidad de la salvación basada en el origen común de toda la unidad y en la solidaridad de todos. Así, con esa comunidad de origen, el ser humano, forma una unidad porque Dios «*creó, de un solo principio, todo el linaje humano*» (cf. *Hech* 17,26; cf. *Tb* 8,6)²⁹. De eso modo vemos al género humano unido por su origen común en Dios e igual en su unidad de naturaleza en todos. Por eso, a pesar de las diversas culturas, pueblos y personas, todos los hombres son hermanos. Es una sola familia en el orden natural (género humano) y en el orden sobrenatural (Iglesia) cuyas diversidades raciales, sociales, antropológicas, civiles o políticas quedan absorbidas en Cristo. Por tanto, volviendo al discurso, prescindir de Él, como hicieron los arrianos, es negar y destruir radicalmente ese todo que es la unidad. De ahí que los Padres, y muy especialmente Agustín de Hipona, no dejen de aludir al origen común de la unidad con esta metáfora³⁰. Agustín de Hipona repite esa idea una y otra vez: «*Si enim in spiritu eorum esset pax, nonne unitatem diligere*nt,

²⁸ Cf. *Rom* 5, 12ss; *1Cor* 15, 22ss, 45ss.

²⁹ Cf. J. A. FITZMYER, *Los Hechos de los Apóstoles. II*. Salamanca, 2003 294.

³⁰ «*Ex Adam traxit genus humanum...*» (*Quaestionum in heptateucum*, 5. *Quaest. Deuteronomii, quaestio* 42. CCL 33 297); «*quaere ab uno genus inchoatur, sini generi humano unitas commendatur?... Ipse Dominus Ecclesiae unitatem commendat Apostolis...*» (*Sermones*, 268. PL 38 1233); «*... ut omnino ex homine uno diffunderetur genus humanum*» (*De civitate Dei*, 12, 22. CCL 48 380). «*Ut etiam ex uno illo primo homine genus instueretur humanum...*» (ibid., 16, 9. CCL 48 510); «*nam certe si non ex uno illo sanguine sed ex uno homine illo loco scriptum esset institutum esset genus humanum...*» (ibid., CSEL 60 355).

*et relinquerent dissensionem?»³¹. Las palabras de Leandro, en este sentido, nos remiten a la unidad afirmando que la procedencia común de todos los seres humanos es motivo suficiente para la unidad: «propterea et ex uno homine propagatum est omne hominum genus, ut qui ex illo uno procederent, unum saperent, **unitatem quaererent et diligenter**» (154,193-195). Por tanto, razón más que suficiente para la unidad es el origen natural y común de todos los hombres: «Ordo ergo naturalis exposcit ut qui ex uno homine trahunt originem, mutuam teneant caritatem, nec dissentiant a fidei veritate qui non disiungitur naturali propagine» (154,196-198). De modo que de acuerdo con todo ello, para Leandro, la unidad es lo natural y la división es un vicio antinatural y propio de la herejía.*

5. Metáforas de la vida pastoril.

Dos son las metáforas que podemos ver en este apartado: la del pastor y de los «dientes».

5.1. Metáfora del pastor

Son lejanos los orígenes de esta metáfora. En el Antiguo Oriente, los reyes se consideraron a sí mismos como pastores de sus pueblos³², cosa habitual también en el mundo bíblico donde personajes como Moisés (cf. *Núm* 27,16-17) y David (cf. *ISam* 18,11; *Sal* 78,70-72), fueron primero pastores de rebaños: uno en el desierto, el otro en los campos de Belén. Moisés fue después guía del pueblo, David será posteriormente el futuro pastor mesiánico prometido (cf. *Ez* 34,23-24). Durante el Exilio babilónico, tras el estrepitoso fracaso de los líderes políticos y religiosos, Ezequiel mira a Dios como pastor de su pueblo³³. El profeta Jeremías, por su parte, utiliza, con frecuencia, esta imagen referida a los jefes del pueblo. Se podría decir que en el mundo profético la metáfora del pastor que reúne a las ovejas dispersas (cf. *Jer* 3,14-18; 23,3-5; *Miq* 2,12-13³⁴) es la imagen más utilizada. Esta

³¹ *Enarrationes in Psalmos*, 124, 10. CCL 48 1844.

³² Cf. I. RODRIGUEZ, *Antigüedad clásica...*, 94-104. Cf. también E. BEYREUTHER, «Pastor», en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento. II*. Salamanca, 1999 305-308. H. GOLDSTEIN, «Ποιμήν», en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento. II*. Salamanca, 1998 1050-1054. Cf. J. JEREMIAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Madrid, 1977 316-318.

³³ «Como un pastor vela por su rebaño (...), así velaré yo por mis ovejas. Las reuniré de todos los lugares donde se habían dispersado en día de nubes y brumas» (*Ez* 34,12).

³⁴ «El Señor reúne a los deportados de Sión» (*Sal* 147,2; *Is* 11,12; 49,22).

imagen, tan querida y frecuente en el Antiguo Testamento, es asumida por Jesús de Nazaret en el Nuevo Testamento. Los profetas la aplicaron a Dios; Jesús se denominará a sí mismo: «Buen Pastor». Un pastor que vela por su rebaño y que cuida de él *reuniendo* a sus ovejas (cf. *Is* 40,11; *Ez* 34,1ss.; *Lc* 15,5)³⁵. La *Primera Carta de Pedro* habla del Señor resucitado como el «*archipoimen*» o Pastor supremo (cf. *1Pe* 5,4) que tiene confiada la misión de apacentar a las ovejas. Así que el principal oficio del pastor es unidad del rebaño³⁶. Las palabras «proféticas» de Caifás argumentando que convenía la muerte de uno solo para que no muriera toda la nación aluden a la entrega de Jesús, el Buen Pastor, que se sacrifica para reunir en uno los hijos de Dios dispersos (cf. *Jn* 11,52). Con su entrega y con su sangre «compró» la unidad de todos. Frente a la visión que el profeta Ezequiel tuvo sobre la unidad de las tribus de Israel sólo (cf. *Ez* 34,22-24), la obra de Jesús de Nazaret llegará a todos los pueblos y a toda la humanidad representada en la Iglesia de los judíos y de los paganos. El evangelio de Juan (y los Sinópticos³⁷) habla de un solo rebaño y un solo pastor comparando la herejía con el lobo que entra, dispersa, hace estragos y mata. Es el Buen Pastor el que vela por la unidad de su rebaño, buscando a las ovejas descarriadas, cuidando a las que tiene y dando incluso su vida por ellas. Con esta imagen tan querida, la Iglesia primitiva entendió e interpretó, a la luz de la unidad, la entrega de Jesús. Por eso es frecuente la representación plástica del Buen Pastor con la oveja sobre sus hombros (cf. *Lc* 15,4-7), camino de la unidad del redil para evitar que fuera devorado por los lobos que acechan (cf. *1Pe* 2,25). Se podría decir, al mismo tiempo, que esta metáfora del Buen Pastor está relacionada con la metáfora de Babel/Pentecostés que trata también de la unidad y de la dispersión: frente al Amor, el pecado siempre disgrega. Así fue en la historia. Cuando el pueblo peca, acaba en el Exilio pues el resultado del pecado es la dispersión (cf. *Ez* 34,2-6). Dios, como buen pastor, reúne a los hombres en una familia (Abrahám), en un pueblo (Moisés) y, finalmente, en una comunidad universal (la Iglesia). Es el pastor que se ocupa de velar por la unidad del rebaño. Jesús, en el Nuevo Testamento, habla de los pecadores como «ovejas perdidas» (*Lc* 15,4) y siente lástima por una humanidad «*dispersa como ovejas sin pastor*» (*Mt* 9,36). Jesús, como

³⁵ Cf. además *Jer* 23,1-6; *Zac* 11,4-17; *Mt* 18,12-14; *Lc* 15,4-7; *Jn* 10,1-18.

³⁶ Cf. «*Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, un solo pastor*» (*Jn* 10,16).

³⁷ Téngase en cuenta también aquí el capítulo 17 de Lucas donde se habla, en el mismo contexto de alegría por la recuperación de lo perdido, de la oveja perdida (*Lc* 15,4-7).

buen Pastor (cf. *Jn* 10,14), congrega a las ovejas dispersas para que haya un solo rebaño y un solo pastor (*Jn* 10,16). Agustín de Hipona se refería a este mismo evangelio³⁸, hablando de un solo rebaño y un solo pastor, de la piedra angular que une las dos paredes, del pastor y del cordero, cosa que Leandro hace también.

En consecuencia, si se pretende la verdadera y firme unidad, no se puede prescindir de Cristo, como había hecho el arrianismo. Ésa es la razón por la que Leandro, en los compases finales de su discurso, habla de un solo pastor, de un solo rebaño, de una piedra angular que hace fuerte el edificio, de la unidad necesaria entre el pastor y el rebaño, anunciada por los profetas, que se ha vuelto a hacer realidad con la vuelta de aquellos pueblos descarriados y perdidos: «*quae enim praefata sunt, Domino dicente: 'Alias oves habeo que non sunt ex hoc ovili, et illas oportet ad me adduci, ut sit unus grex et unus pastor'* (cf. *Jn* 10, 16), *ecce contuemur fuisse completas*»³⁹. Leandro del desvelo y de la entrega del Pastor afirmando que no toleró que las ovejas fueran devoradas por los dientes del diablo («*non passus est extra unum ovile diaboli dentibus devorari*»⁴⁰). Y por eso advierte en su discurso que si se prescinde de Cristo, la unidad no será posible y todo lo que se construya será falso y sin fundamento. Es lo que habían hecho los herejes arrianos denominados en el discurso «dientes del diablo».

5.2. Los dientes (herejes) del lobo (diablo)

Relacionada con la anterior está, por tanto, la metáfora de los herejes como dientes del diablo: «*diaboli dentibus devorari*». La aliteración de la

³⁸ Cf. «*Ut sit unum ovile et unus pastor. Duobus istis gregibus tamquam duobus parietibus, factus est lapis angularis. Ergo et ostium est, et lapis angularis; omnia per similitudinem, nihil horum proprie. Iam enim dixi, et commendavi uehementer, et qui capiunt sapiunt, immo qui sapient... Et petra est Christus, et ostium est Christus, et lapis angularis est Christus, et pastor est Christus, et agnus est Christus, et leo est Christus...*» (AUGUST. HIPP., *In Ioannis evangelium tractatus CXXIV* (C). PL 35 1735). Otras citas relacionadas con la unidad: «*De uno autem ovili et uno pastore, jam quidem assidue soletis audire: multum enim commendavimus unum ovile, praedicantes unitatem, ut per Christum omnes oves ingrederentur, et Donatum nulla sequeretur*» (ibid.). «*De qua Dominus nos voluit esse sollicitos, ne tanquam oves non habentes pastores per diversos errores ab unitate fidei divisi essemus. Sicut enim unus est Dominus et unus pastor, sic et unum ovile esse voluit. Propterea noluit Dominus scindi tunicam inconsutilem quae integra erat, quia non patitur Ecclesiae violari unitatem*» (AUCTOR INCERTUS, *Ad fratres in eremo commemorantes*. PL 40 1242).

³⁹ 153,175-178.

⁴⁰ 158,242-243.

/d/ no indica sólo que estamos ante una frase de especial significado para el orador sino que es utilizada para describir la labor depredativa del diablo que destruye la unidad. Si en la metáfora matrimonial el «tercer elemento» quebrantador de la unidad era la herejía, aquí el «tercer elemento» es el «lobo» (cf. *Jn* 11, 12), cuya función es la dispersión y la muerte de las ovejas, cosa que realiza con sus dientes que son los herejes. Nuevamente la idea nos remite al Nuevo Testamento, cuando Pablo en su despedida de los presbíteros de Éfeso, les avisa y les pone en guardia contra los «lobos feroces»⁴¹ que llegarían después de su partida. Agustín de Hipona tiene claro que estos «dientes» son los herejes⁴² porque siembran el veneno de sus errores matando y destrozando la unidad del rebaño. Y opone, relacionando claramente con el tema de la unidad, la labor del verdadero pastor y la del mercenario que huye ante el lobo⁴³. Es el diablo quien, bajo el nombre cristiano suscita a los herejes para oponerse a la doctrina cristiana; por ese motivo encierran más peligro que los enemigos externos⁴⁴. Es lógico que esta metáfora fuera de especial significatividad en el *Liber Psalmographus*, del mismo tiempo de Leandro⁴⁵, donde una oración como la siguiente («*ut*

⁴¹ «*Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual Él compró con su propia sangre. Sé que después de mi partida, vendrán lobos feroces entre vosotros que no perdonarán el rebaño, y que de entre vosotros mismos se levantarán algunos hablando cosas perversas para arrastrar a los discípulos tras ellos*» (*Hech* 20, -28-29). Cf. también *1Pe* 5, 8-9; *2Pe* 2, 1-2).

⁴² «*Possunt et dentes peccatorum accipi principes peccatorum, quorum auctoritate quisque de societate secte viventium praeciditur, et quasi incorporatur male viventibus. His dentibus contrarii sunt dentes Ecclesiae, quorum auctoritate ab errore gentilium variorumque dogmatum praeciduntur credentes, et in eam quae Christi corpus est transferuntur...*» (AUGUST. HIP., *Enarrationes in Psalmos* (C, S). PL 36 75).

⁴³ «*...Abundant lupi, abundant latrones. Ipsi sunt qui ascendunt per alteram partem. Qui sunt isti qui ascendunt? Qui de parte Donati volunt depraedari oves Christi, ipsi per alteram partem ascendunt. Non per Christum inrant: quia non sunt humiles. Quia superbi sunt, ascendunt. Quid est, ascendunt? Extolluntur. Unde ascendunt? Per alteram partem: unde de parte dici volunt. Qui in unitate non sunt, de altera parte sunt, et de ipsa parte ascendunt, id est, extolluntur; et volunt tollere oves... Lupus autem diabolus est: insidiatur ut decipiat, et qui illum sequuntur; nam dictum est, quod induti quidem pellibus ovium, intus autem sunt lupi rapaces*», *Mat* 7, 15 (AUGUST. HIP., *Sermones de Scripturis*, X. PL 38 760).

⁴⁴ Cf. ID., *La ciudad de Dios*, XVIII, 51. De ahí también la afirmación de Leandro: «*quicumque extraneus est ab ea, licet Christiano nomine nuncupetur, Christi tamen corporis compage non tenetur*» (157,229-230).

⁴⁵ Cf. J. PINELL, *Liber orationum...*, [90-93]. Son muchas las posibilidades que las oraciones que componen dicha obra sean del propio Leandro (cf. ISIDORUS HISP., *De viris illustribus*. PL 83 1103-1104).

pius pastor gregem suum tueatur, ne a lupis rapacibus lanietur»⁴⁶) es perfectamente posible en aquella época y esclarecedora del contexto histórico, social y doctrinal.

6. Metáforas de propiedad: Poseedor/ Posesión

La metáfora de «posesión» se remonta al Antiguo Testamento (*naj^alah*) donde es sinónimo de «propiedad», «herencia». Se usa allí unas 220 veces especialmente en los libros del Pentateuco y Josué. La primera vez que aparece es en *Gén* 31,14. Su traducción principal es «herencia», según vemos en *1Re* 21, 3. El vocablo se refiere a una «posesión» sobre la que se tiene derecho. Su uso en los libros del *Pentateuco* y en el de *Josué* se relaciona casi siempre con la «posesión» que Israel, una tribu o clan recibe al entrar en la Tierra Prometida. La posesión de aquella tierra se llevó a cabo por sorteo (cf. *Núm* 26, 56) algo antes de la muerte de Moisés. Fue Josué quien ejecutó la distribución de la «posesión» (cf. *Jos* 11, 23) entregándola como heredad a Israel o distribuyéndola a sus tribus. Después de la conquista el vocablo «herencia» dejó de referirse al territorio conquistado en batalla y se llegó al proceso legal que intentaba mantener la propiedad hereditaria dentro de una misma familia. Por eso Nabot no podía ceder sus derechos a Acab (cf. *1Re* 21,3-4) cuando éste le reclamó su viña. En el Antiguo Testamento se dice que el pueblo de Israel es «posesión» de Dios⁴⁷, o don especial de Dios (cf. *Sal* 127,3). El Señor abandonó a Israel, su «posesión», en manos de las naciones (cf. *Is* 47,6) y luego permitió que un resto de esa «posesión» volviera. Pero también se decía que el Señor es la «posesión» de su pueblo. De ahí que se aplique esto especialmente a los sacerdotes y levitas, cuyas «posesiones» terrenales estaban limitadas, afirmando que su «posesión» es el Señor (cf. *Deut* 10,9; *Nm* 18,23). Posteriormente, en los LXX, encontramos traducciones del mismo vocablo: *kleronomia* («heredad»; posesión; propiedad») y *kleros* («suerte; posesión; parte»)⁴⁸.

⁴⁶ J. PINELL, *Liber orationum...*, nº 560. Cf. también A. GÓMEZ COBO, *La Homelia in laude Ecclesiae...*, 311.

⁴⁷ «Pero a vosotros *Yahvéh os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día*» (*Deut* 4, 20).

⁴⁸ «Esta metáfora se puede relacionar también con la de 'casa'-templo en el sentido de que en las religiones el dios es dueño y propietario de este espacio que, por lo mismo, es santo; de la misma manera que la tierra del pueblo hebreo es llamada santa, por el contacto y presencia en ella de *Yahvéh*, su propietario» (I. RODRÍGUEZ, *Antigüedad clásica...*, 60).

Y pasando al contexto de Leandro, cuyo discurso comentamos, nos encontramos con la Iglesia como heredad⁴⁹ y como *possessio* de Cristo⁵⁰. Son muchas las oraciones colectas de este tiempo que están dirigidas a Cristo como poseedor afirmando su fe en Cristo: «*et qui fidem omnium gentium pius possessor inhabitas, ne patiaris nos in tenebris remanere...*»⁵¹. El *Liber Psalmographus* trasladó esa «relación de propiedad» y «posesión» entre Dios y su pueblo, destacada especialmente en los *Salmos*, a Cristo y su Iglesia. En las oraciones colectas de ese tiempo vemos esta metáfora unida, en muchas de ellas, a la del pastor y del rebaño. No debemos olvidar, sin embargo, la influencia del Nuevo Testamento en todas esas oraciones litúrgicas. Pablo de Tarso, por ejemplo, advertía a los presbíteros de Éfeso que tuviesen cuidado de toda la grey adquirida al precio de la sangre de Cristo⁵², relacionando allí la metáfora de la propiedad con la metáfora pastoril. Lo mismo encontramos en la carta a *Tito*⁵³ donde se refiere claramente a la Iglesia como posesión. Ella es posesión y heredad de Cristo porque Él la ha comprado al precio de su sangre⁵⁴. Él mismo la eligió como propiedad⁵⁵. Las oraciones, del tiempo de Leandro, subrayan el vínculo de pertenencia entre la Iglesia y el Señor, referido normalmente a Cristo en la mayoría de los casos. Pero también es normal que en ellas se atribuya también esa pertenencia a Dios padre o bien que sean ambivalentes, cosa normal en este tiempo de doctrinas contra el arrianismo donde era necesario

⁴⁹ Cf. J. ALDABÁBAL, *Doctrina eclesiológica del «Liber Orationum Psalmographus»*. Tesis doctoral defendida en el Pontificio Instituto Litúrgico de San Anselmo en Roma. Citado por J. PINELL, *Liber orationum...*, [144]. Cf. también J. ALDABÁBAL, *Doctrina eclesiológica del libro Salmógrafo. La Iglesia como «posesión adquirida» por Cristo y nave de salvación*. En «Revista Española de Teología» 32 (1972) 13-15.

⁵⁰ «*Et qui fidem omnium gentium pius possessor inhabitas*»; «*in hereditatem tuam servitute humili, et in possessionem tuam cultu perpeti transferamur*»; «*hanc ipsam in possessionem tui de gentibus elegisti*» (Ibid., N° 396, 470 y 539).

⁵¹ Ibid. N° 396.

⁵² Cf. «*En medio de la cuales ha puesto el Espíritu Santo, para pastorear la Iglesia de Dios que él se adquirió con la sangre de su Hijo*» (*Hech* 20, 28). *1Pe* 2, 9-10 habla del pueblo que Dios se ha adquirido, (según *Is* 43, 21; ver *Hech* 15, 14ss.).

⁵³ «*El cual se entregó por nosotros a fin de rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo que fuese suyo, deseoso de bellas obras*» (*Tit* 2, 14).

⁵⁴ «*Ad defendendam hereditatem tuam tui sanguinis pretio emptam, Domine Iesu Chiste, adprehende arma victricia*»; «*indulgentiali favore existe redemptor; et qui nos adquisisti passione voluntaria*»; «*mentis nostrae civitas regi Christo sit pervia... cuius sanguine cognoscitur adquisita*» (J. PINELL, *Liber orationum...*, núms. 494. Cf. también 541,563).

⁵⁵ Ibid., 13-14 donde aporta ejemplos del Salmógrafo.

dejar clara la divinidad de Cristo⁵⁶. En ese sentido hemos de entender algunas de las frases del discurso de Leandro como «*et quemadmodum unius **possessor** est totius mundi Dominus, ita et **possessionis** eius esset unum cor et animus unus*»⁵⁷. La abundancia de recursos literarios: [juego de palabras (*possessor/possessionis*), leve rima (*Dominus... unus*) y quiasmo (*unum cor... animus unus*)] ponen de manifiesto la idea de la unidad entre Cristo y su Iglesia. Se trata de una idea significativa en el discurso pues nuevamente la trae el autor cuando afirma que Cristo y su propiedad son una sola cosa: «*Unus enim est Christus Dominus, cuius et una per totum mundum Ecclesia sancta **possessio***»⁵⁸. De esa forma subraya la doctrina de «un solo Señor» o dueño y de una sola Iglesia o posesión, dejando bien clara la unidad imprescindible entre Uno y la otra.

7. Metáforas religiosas: Metáfora de Babel/ Pentecostés: División/ Unidad

Para describir el triunfo de la unidad, Leandro se sirve de los relatos antitéticos y bíblicos de Babel (cf. *Gén* 11, 1-9) y de Pentecostés (cf. *Hech* 2, 5-12). El relato mítico de Babel pintó una humanidad dividida y desorientada en los orígenes de la humanidad; ahora Leandro ve reflejada en él, como en un espejo, a la España visigoda de su tiempo. Pentecostés, por el contrario, antítesis de Babel, es el triunfo de la unidad. Todos los pueblos se entienden ya porque el Espíritu (*Caritas*) los ha unido en «*un solo corazón y una sola alma*». Para explicar estas ideas, recurre a una fuerte antítesis entre *Superbia*, símbolo máximo de la división, y *Caritas*, símbolo y lazo cohesivo mayor de la unidad, rompiendo el orden normal de palabras con un fuerte y deliberado hipérbaton para dejar manifiesto el triunfo de la unidad:

«Ergo, fratres, reposita est loco malignitatis bonitas,
et errori occurrit veritas,
*ut, quia **superbia** linguarum diversitate ab unione separaverat,
eas rursus gremio germanitatis colligeret **caritas***»⁵⁹.

⁵⁶ Cf. J. ALDAZÁBAL, a. c., 19-21; 21-22.

⁵⁷ 154,189-190.

⁵⁸ 156,224-225.

⁵⁹ 154,186-189.

La importancia que, en esta cláusula, tiene el término *caritas* es manifiesta. Siendo término «de peso» etimológico considerable, resuena sobre todos los demás vocablos al final de la cláusula, para dejar clara su primacía e su importancia⁶⁰. En esa clave hemos de entender la triple antítesis (*malignitas/bonitas; errori/veritas; superbia/caritas*). De ese modo hablaba el orador del triunfo de la unidad. Con dicha antítesis, por tanto, subraya el triunfo de la unidad dentro de la España visigoda. Por ello realza el término *Caritas*, paradigma de unidad y de concordia de la Iglesia con la presencia del Espíritu Santo⁶¹, gran protagonista de Pentecostés.

<i>Malignitas</i>	<i>Bonitas</i>
<i>errori</i> <i>superbia linguarum... separaverat</i>	<i>veritas</i> <i>colligeret caritas</i>

Las dos situaciones, definidas en el discurso con dos expresiones («*superbia linguarum*» vs. «*caritas*») alusivas a lo que estaba sucediendo, dejan clara la función del Espíritu Santo⁶². El Espíritu Santo es llamado *Caritas* por Agustín de Hipona en su tratado *De Trinitate*: («...*Et tamen proprie Spiritus Sanctus caritas nuncupetur*»⁶³. «*Non itaque dixit Scriptura: 'Spiritus Sanctus caritas est'*»⁶⁴). De modo que su papel es congregar («*spiritus superbiae dispersit linguas, Spiritus Sanctus congregavit linguas*»⁶⁵)

⁶⁰ Es una idea muy paulina: «*Nunc autem manent, fides, spes, charitas: Tria haec maior autem horum est charitas*» (1Cor 13, 13).

⁶¹ Es preciso tener presente, hablando de la soberbia, que las oraciones colectas del Salmógrafo cuando hablan de los soberbios «se refiere a veces más concretamente a los perseguidores de la Iglesia» (J. PINELL, *Liber orationum...*, [133]).

⁶² «*Per superbos homines divisae sunt linguae... Spiritus superbia dispersit linguas, Spiritus sanctus congregavit linguas... Volunt unam linguam, veniant ad Ecclesiam; quia et in diversitate linguarum carnis, una est lingua in fide cordis* (AUGUST. HIP., *Enarrationes in Psalmos*, 54, 11. CCL 39 930). «*Si superbia fecit diversitates linguarum, humilitas Christi congregavit diversitates linguarum. Iam quod illa turris dissociaverat, Ecclesia colligit*» (Íd., *In Iohannis evangelium* 6, 10. CCL 36 59).

⁶³ *De Trinitate*, 15, 17, 30. CCL 50A 504.

⁶⁴ *Ibid.* Cf. también Íd., *In Iohannis evangelium* 9, 8. CCL 36 94. Cf. Íd., *De Trinitate* 15, 19, 36. CCL 50^a 513. Véase también: Isidoro de Sevilla (*Etymol.*, 7, 3, 18. PL 82 269) repite la misma definición de Agustín con estas palabras: «*Spiritus Sanctus inde proprie caritas nuncupatur...*».

⁶⁵ AUGUST. HIP., *Enarrationes in Psalmos* 54, 11. CCL 39 665.

frente a la Soberbia cuya función es dividir y separar⁶⁶. La experiencia de Babel había llevado a los hombres, en otro tiempo, a una dispersión y a una confusión tal que las propias personas de un mismo pueblo no lograban entenderse; la experiencia de Pentecostés desembocó, por el contrario, en una comprensión y en una comunicación tal que gentes venidas de muchas partes se podían entender y comprender mutuamente: «Cada uno les oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua» (Hech 2,11). Así nació la nueva comunidad (la Iglesia): «Aquel día se les unieron unas tres mil almas. Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hech 2,41-42). Y también: «La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos» (Hech 4,33). Y esa idea seguirá en el tiempo. Por ello, desde el s. II se afirma que la Iglesia es católica o universal; ella reúne dentro de sí todas las diversidades humanas⁶⁷ y abarca todo el universo (cf. Mt 28,19). Su nacimiento, pues, acababa con aquella «*superbia linguarum*» de Babel que había separado a los pueblos. Pentecostés será también la fiesta de la unidad porque si la soberbia y el orgullo (Babel) habían disgregado⁶⁸ a los pueblos, después, en Jerusalén, el Espíritu Santo, reunió a los pueblos dispersados en una comunidad que es *ecclesia* o congregación de todos los hombres de oriente y occidente (cf. Mt 8, 11), en la misma mesa de comunión con Cristo (cf. Hech 2, 42). Quienes antes estaban lejos, ahora están cerca por la sangre de Jesús (cf. Ef 2,13). El carisma de lenguas será, por tanto, sólo un símbolo de algo mucho más profundo y real. No es el don de una lengua universal, ni de una uniformidad, sino de la unidad en el pluralismo dado que cuando el Espíritu Santo se hace presente, todos entienden el lenguaje común del Amor. Aquí no caben, pues, diferencias de clases sociales, culturales, raciales ni de ninguna clase. Era lógica, por consiguiente, la relectura que Leandro hizo de estos hechos en su discurso.

⁶⁶ Agustín explica también que la **soberbia** es madre de todos los herejes (Íd, *De Genesi contra Manichaeos*, 2. PL 34 202).

⁶⁷ Cf. Hech 10,12ss; Ef 2, 14ss; 1Cor 12, 13; Col 3, 11; Gál 3, 28.

⁶⁸ Los profetas han dedicado grandes ataques contra esta encarnación del orgullo humano (Is 13,1; 21,1-10; 47,1-5; Jr 50-51...).

8. *Metáforas de construcción: La casa. La piedra angular. El muro. El monte (relacionado con la metáfora de la casa).*

Otro grupo de metáforas de unidad es el que se refiere al ambiente y lugar doméstico. La casa (como recinto común familiar), la casa dividida (relacionada en el evangelio con el reino en guerra civil), la casa incompleta (ya vista en la parábola del hijo pródigo) y otra serie de alusiones que recaen siempre sobre el tema de la unidad.

8.1. La casa

La metáfora de la «casa», aplicada a la Iglesia, se podría relacionar, en sentido amplio, con la metáfora familiar del hijo pródigo y con otras referencias presentes en el Evangelio y en el discurso que nos ocupa. Leandro recurre a ella en su discurso⁶⁹: «*Mons enim Christus est et domus Dei Iacob una Ecclesia est eius...*»⁷⁰, utilizada para explicar las citas bíblicas. Teniendo en cuenta el contexto arriano en el que se escribe el discurso, podemos pensar que la relectura hecha por Leandro nos remite a la importancia fundamental e imprescindible de Cristo para la Iglesia y también para la nación visigoda en el sentido siguiente. Si el templo de Jerusalén estuvo asentado sobre el monte Sión, la Iglesia ha de estar ahora asentada sobre Cristo, su monte y fundamento. Quitado Éste, todo cae y se derrumba. Así había sucedido en el reino visigodo. Más adelante volveremos sobre este punto, pues ahora interesa que nos centremos en la metáfora de la casa, más referida a la división («*et domus quae divisione in mutuum certabat caedem, uno iam Christo lapide angulari coniungitur*»⁷¹). Nada impide pensar que el orador, con algunos textos evangélicos⁷² «in mente» y con las referencias a la labor del más Fuerte (cf. *Is* 49, 25) aludiera a la situación histórica que se vivía recordando la victoria del Fuerte (Cristo) tanto en el Evangelio como en el discurso («*equidem, inquit, haec captivitas a forte tollitur et quod ablatum*

⁶⁹ Cf. «*De hac [domo] profecto Ecclesia vaticinatur mons domus Domini in vertice montium... Venite adscendamus montem Domini et ad domum Dei Iacob'*» (155,204-210). Las citas bíblicas son de *Isaías* 56, 7 y *Miqueas* 4, 1-2. Cf. H. DE LUBAC, o.c. 108.

⁷⁰ 156,211-212.

⁷¹ 158,247-249.

⁷² «*Et si regnum in se dividatur, non potest regnum illud stare. Et si domus super semetipsam despertiatur, non potest domus illa stare*» (*Mc* 3, 25). «*Nemo potest vasa fortis ingressus in domum deripere, nisi prius fortem alliget, et tunc domum eius deripiet*» (*Mc* 3, 27).

fuera a robusto salvatur»⁷³). De modo que el reino en guerra civil y la casa dividida (la nación y la familia real) podrían ser ejemplos concretos de la España visigoda, de los peligros que el Evangelio había anunciado⁷⁴ y del triunfo de la unidad.

8.2. La piedra angular

Ya vimos que Leovigildo había intentado construir el edificio de la unidad política y social de su reino prescindiendo, como arriano, de la verdadera «Piedra angular» (Cristo). Construía sin consistencia y el fracaso fue total porque edificaba «sobre arena». Recaredo, por su parte, escarmentado por el fracaso de su padre Leovigildo, tuvo muy presente la importancia de Cristo y, con su conversión al catolicismo, edificó «sobre roca» y sin olvidar aquella Piedra angular que anteriormente habían rechazado. Por ello, se propuso edificar sobre la «fe católica». Leandro, al elaborar su discurso, pudo haber tenido presente el texto evangélico (*Mt 7,24-27*⁷⁵) alusivo a la verdadera y firme construcción. Su paralelismo antitético le serviría para explicar que sin la unidad en torno a Cristo nada era posible y que lo que había pasado con Leovigildo y Recaredo era fruto de haber «construido sobre arena», en el primer caso o de construir sobre «roca», en el segundo caso. Gráficamente quedaría así:

LEOVIGILDO: ARRIANISMO: Una construcción en falso	RECAREDO: CATOLICISMO: Una construcción con base firme
<i>Viro stulto</i> <i>Aedificavit domum suam super petram</i> <i>Non cecidit</i> <i>Fundata... erat super petram</i>	<i>viro sapienti</i> <i>aedificavit domum suam supra arenam</i> <i>cecidit</i> <i>fuit ruina illius</i>

⁷³ 158,245-246.

⁷⁴ Cf. A. GÓMEZ COBO, *La Homelia in laude Ecclesiae...*, 669.

⁷⁵ «*Omnis ergo qui audit verba mea haec, et facit ea, assimilabitur viro sapienti, qui aedificavit domum suam supra petram, et descendit pluvia, et venerunt flumina, et flaverunt venti, et irruerunt in domum illam, et non cecidit: fundata enim erat super petram. Et omnis qui audit verba mea haec et non facit ea, similis erit viro stulto, qui aedificavit domum suam super arenam: et descendit pluvia, et venerunt flumina, et flaverunt venti, et irruerunt in domum illam, et cecidit, et fuit ruina illius magna*».

El orador, cosa habitual en él, se sirvió de la Biblia para fundamentar sus afirmaciones y para dar consistencia a su doctrina. La imagen veterotestamentaria de la piedra angular que remata el edificio en su punto principal (cf. *Job* 38, 6; *Jer* 51,26) tiene eco cristológico en el NT (cf. *Mt* 21,42; *Mc* 12,10; *Hech* 4, 1; *IPe* 2,4). La piedra angular, la más importante en una construcción, se colocaba primero para servir de punto de referencia a las dimensiones del edificio, uniéndose, a través de ella, las paredes. En los textos neotestamentarios mencionados y en la carta a los *Efesios* (2,20) queda claro que esa piedra angular es Jesucristo. No es extraño que Leandro entendiera en su discurso que los arrianos habían pretendido construir un reino firme y seguro, rechazando u olvidando a la Piedra angular. Como en otros tiempos, aquella Piedra angular (cf. *IPe* 2,8) olvidada, se había convertido en piedra o roca de tropiezo en la España visigoda arriana. Tal vez se volvía a repetir la historia de la construcción del templo judío de Jerusalén. Durante su construcción, los constructores habían desechado o se habían olvidado de una piedra fundamental e imprescindible para la construcción, cosa a la que pueden aludir algunos salmos (cf. *Sal* 118,21 y 22). De la mina de Salomón se extraían piedras de grandes dimensiones. Antes de salir de la mina, las dejaban preparadas para que luego cada una de ellas encajar perfectamente en su lugar. Al parecer una de aquellas grandes rocas, según refiere la tradición judía, tallada y preparada según las dimensiones requeridas fue enviada al templo. Pero los constructores no encontraban su lugar adecuado; no coincidía con sus modelos. La dejaron entonces apartada hasta que fue a parar al olvido del torrente Cedrón. Pasó el tiempo y aquellos constructores la reclamaron a la cantera. Se les respondió que ya había sido envida. Fue entonces cuando alguien recordó que aquella piedra había sido arrojada al torrente. La recuperaron y encajó en su sitio. Todo quedó perfectamente ensamblado⁷⁶. Y Jesús después, recordando esta piedra rechazada, entendió que todo ello se cumplía en Él mismo a quien los dirigentes religiosos del pueblo judío habían rechazado: «¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?» (*Mt* 21,42). ¿Ni aun esta Escritura habéis leído: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha

⁷⁶ Cf. H. J. KRAUS, *Los Salmos. Sal 60-150*. II. Salamanca, 1995 590-591. Cf. también J. BORTOLINI, *Conocer y rezar con los Salmos*. Madrid, 2000 578. R. ROMERO LÓPEZ, *Canten al Señor un cántico nuevo. Tomo 5. Salmos 101-125*. Estella, 2004 157.

*hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?» (Mc 12,10-11)*⁷⁷. Una vez más se cumplía aquello, pero ahora en Jesús: «la Piedra» rechazada acabó siendo colocada en su lugar propio, a la derecha de Dios⁷⁸. ¿No era eso lo que había pasado también en la España visigoda y arriana?

8.3. El muro

Levantar muros físicos, culturales, religiosos o morales para separar, dividir y enfrenar, parece ser tendencia de los pueblos. Así lo reflejó la Sagrada Escritura (cf. *Gén* 11,1-9; *Ef* 2,14) y Leandro, experto conocedor de ella, pudo aludir después a dicho problema («*parietem enim discordiae quem fabricaverat diabolus, pax Christi destruxit*»⁷⁹) cuando en cita implícita de la carta a los *Efesios* 2,14 («*ipse enim est pax nostra, qui fecit utraque unum, et medium parietem maceriae solvens inimicitias in carne sua*») interpretó los acontecimientos de la España visigoda de su época. La primitiva situación de aquellos dos pueblos (judíos/gentiles) de la antigüedad se volvía a repetir así en su tiempo. La metáfora utilizada en el texto paulino de *Efesios* (2,11-22) alude la radical división que entre judíos y gentiles existía. Fe de ello da la misma arqueología. Una inscripción en griego, en el templo de Jerusalén, advertía, bajo pena de muerte a los no judíos que se mantuvieran alejados del área señalada⁸⁰. Y Flavio Josefo en sus *Antigüedades judías* menciona también dicha inscripción⁸¹, recordando

⁷⁷ Cf. también: «*Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo? (Lc 20,17). «Este Jesús es la piedra rechazada por vosotros los edificadores, que ha venido a ser cabeza del ángulo» (Hech 4,11). «Para vosotros, pues, los que creéis, Él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los constructores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo» (1Pe 2,7).*

⁷⁸ Cf. H. HAAG - A. VAN DEN BORN - S. DE AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*. Barcelona, 2000 (10ª ed.) 1528-1529.

⁷⁹ 158,246-247.

⁸⁰ «*Ningún extranjero deberá introducirse tras las barreras que rodean al santuario. Al que se le descubra no tendrá a nadie mas que a sí mismo a quien culpar de su muerte que se producirá de inmediato» (Cf. J. JEREMÍAS, o.c., 39).*

⁸¹ «*Esta pared estaba formada por piedras muy pulidas, con un brillo tal que los que la miraban por primera vez se maravillaban, quedando impresionados. Ésta era la inscripción de la primera estructura. Situada en su interior, y cerca, había escalones que llevaban a la segunda estructura, que estaba rodeada por una pared de piedra usada como barrera, en la que estaba grabada una inscripción que no permitía a los extranjeros entrar en el recinto bajo pena de muerte.» (F. JOSEFO, *Antigüedades judías*, 15).*

las severas prohibiciones de aquellos letreros. Los gentiles sólo podían estar en el patio exterior; si algún no judío traspasaba aquellos límites podía ser acusado de profanación del templo y ser castigado con la pena de muerte⁸². El mismo Pablo de Tarso, concedor de esta advertencia, fue acusado durante su tercer viaje a Jerusalén de haber introducido «*a los gentiles al templo y haber profanado así el lugar santo*» (*Hech* 21,18; en general *Hech* 21,27-32). Unos judíos, procedentes de Asia, intentaron acabar con él por dicho motivo. Por esa razón, el texto de *Efesios* (2,14-16), implícito en el discurso de Leandro, habla de que Cristo ha derribado con su muerte el muro de separación: «*la pared intermedia de separación*» entre judíos y gentiles, para «*reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*». Leandro entendió que la antigua separación entre judíos y gentiles volvía a repetirse en la España de su época⁸³ con la división entre arrianos y católicos (visigodos e hispanorromanos). Un muro no menos duro y resistente que el del templo de Jerusalén⁸⁴ seguía en pie entre ambos pueblos. Si en otro tiempo los gentiles no podían pasar al atrio de los judíos, en la España visigoda tampoco era posible traspasar el muro racial, social y religioso que separaba a unos de otros. En la construcción eclesial y nacional no sólo se había vuelto a prescindir de la Piedra angular (Cristo), sino que, entre unos y otros, se había levantado un muro, cultural, religioso y político que impedía la unidad. Fue la *pax Christi* la que logró derribar no aquellos letreros, sino lo que significaban y lo que suponían («*parietem enim discordiae... quem fabricaverat diabolus, pax Christi destruxit*»), res-

⁸² En el año 1871 los arqueólogos Clermont y Ganneau descubrieron en el trascurso de unas excavaciones la conocida Inscripción Soreg (cf. J. JEREMÍAS, *Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*. Madrid, 1977 37). Cf. Clermont-Ganneau, *Une stèle du Temple de Jérusalem*. En «*Revue Archéologique*» 23 (1872) 214-234 y 290-296. Otra fue publicada en 1936. Véase CIJ II, N° 400. Los letreros o «carteles», colocados a intervalos regulares a lo largo de la barrera de metro y medio de altura del recinto del templo, de los cuales se han hallado dos que avisaban con claridad sobre el peligro de muerte a los gentiles que osaran traspasar el patio exterior del templo. Una parte del letrero se exhibe en el Museo de Israel en Jerusalén. El otro fue descubierto en Jerusalén y enviado a Estambul. Estos letreros fueron blancos con letras talladas y pintadas de rojo para destacar. El letrero advierte: «*No se permite pasar a ningún gentil más allá de esta barrera en la plaza de la zona del templo. Cualquiera que entre será culpable de su muerte inminente*».

⁸³ Cf. «*Parietem enim discordiae, quem fabricaverat diabolus, pax Christi destruxit, et domus quae divisiones in mutuum certabat caedem, uno iam Christo lapide angulari coniungitur*» (159, 246-249).

⁸⁴ Cf. A. GÓMEZ COBO, *La Homelia in laude Ecclesiae...*, 355.

taurando así la unidad. Cristo es nuestra paz (cf. *Efesios* 2,14) porque Él rompió las barreras, «que separaban lo externo» de dos pueblos, realizando en sí la verdadera unidad de los pueblos.

8.4. El monte

Afirma J. Pinell⁸⁵ que «a las imágenes del fundamento y de la piedra se añade la del monte sagrado, que... se identifica también con Cristo. Para unos cristianos que quieren defender su fe ante las asechanzas de una doctrina que niega la divinidad de Cristo, el adherirse precisamente a Cristo constituye su fortaleza». Oraciones como «*fundamentum tuum est mons salutis...*» o «*in monte Sion fidem nostra statue*»⁸⁶, son testimonio de ello. La Iglesia es, por tanto, la casa asentada sobre el monte que es Cristo. Era normal que se adhirieran al propio Cristo como quien se refugia en una fortaleza segura⁸⁷. Era normal que, por fin, construyeran la casa sobre la Roca (cf. *Mt* 7,21-27). Por eso, en algunas oraciones «a la elevación de Cristo, monte santo, la misma colecta opone la humillación de la naturaleza humana, en su condición de pecado: ‘*Exaudi nos, Domine, de monte sancto tuo, clamantes ad te de peccati profundo*’»⁸⁸. Es hacia ese Monte hacia el que, según el profeta citado por Leandro⁸⁹, acuden todos los pueblos. Y para evitar dudas afirma con rotundidad que el monte anunciado por los profetas es Cristo («*mons enim Christus est*»⁹⁰); es torno a Él donde se han reunido nuevamente los pueblos. Así lo habían anunciado el profeta⁹¹ y el evangelista⁹². Leandro ha visto, por tanto, que las antiguas profecías

⁸⁵ *Liber Psalmographus...*, [152].

⁸⁶ *Ibid.*, núms. 96 y 451.

⁸⁷ Cf. J. PINELL, *Liber orationum*, [152].

⁸⁸ J. PINELL, *Liber orationum...*, n° 319 [134].

⁸⁹ «*Erit... in novissimis diebus praepratus mons domus Domini in vertice montium et elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes et ibunt populi multi et dicen: Venite ascendamos ad montem Domini...*» (*Miq* 4,1-2) en 155, 206-210.

⁹⁰ 156,211.

⁹¹ «*Surge, illuminare, Hierusalem, quia venit lumen tuum et gloria Domini super te orta est; et ambulabunt... gentes in lumine tuo et reges in splendore ortus tui; leva in circuitu oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt et venerunt tibi; et aedificabunt... filii peregrinorum muros tuos et reges forum ministrabunt tibi*» (*Is* 60, 1.3-4.10; citado en HOM 156, 214-219).

⁹² Cf. «*Et intrantes domum invenerunt puerum cum Maria matre eius, et procedentes adoraverunt eum: et apertis thesauris suis obtulerunt ei munera, aurum, thus, et myrrham*» (*Mt* 2,11).

se han cumplido. Y ésa es la razón por la que ha entendido que la Palabra de Dios que cumplía con la realidad de todos aquellos pueblos visigodos reunidos para celebrar su unidad en torno al Monte definitivo y en a la nueva Jerusalén presente en la Iglesia visigoda de su España⁹³. Dios había cumplido su palabra y sus antiguas profecías haciéndolas realidad para todos aquellos pueblos que, gozosos, celebraban la unidad en torno a Cristo. Los Profetas y los *Salmos* lo habían anunciado y ahora, con la vuelta de los pueblos visigodos a Cristo, monte del Señor, y a su Iglesia, se han cumplido las promesas divinas (cf. *Mt* 2, 1ss. y *Hech* 2, 5-11)⁹⁴.

Conclusión

Leandro, víctima, primero, de Leovigildo, y consejero, después, de su hijo Recaredo, sabía que la unidad, fundamentada en una fe común, sería una base firme y amplia para unir a los muchos pueblos y a las gentes visigodas de su tiempo. Por eso, cuando los representantes de todos aquellos pueblos, que volvían nuevamente a la Iglesia, se presentaron en la asamblea conciliar de mayo del año 589, aprovechó su discurso de clausura para remarcar el triunfo de la unidad. Fundamentado en su conocimiento de la Sagrada Escritura y en la práctica de los recursos literarios, hizo su elogio de la unidad lograda. Como guía de Recaredo y artífice de aquel logro, sabía que con la abjuración pública de los arrianos, había comenzado el camino, pero todavía había que recorrerlo. Por ello no se cansó de repetir y repetir recurriendo con reiteración a cuantos «sinónimos» le deparaba el campo léxico de la unidad y alterando, en ocasiones, el *ordo verborum* para dejar visibles y audibles las referencias a la unidad. Así quedaba clara su in-

⁹³ Cf. «*Et iterum: Erit, inquit, in novissimis diebus praeparatus mons domus Domini in vertice montium et elevabitur super colles et fluent ad eum omnes gentes et ibunt populi multi et dicen: Venite ascendamus ad montem Domini et ad domum Dei Iacob. Mons enim Christus est et domus Dei Iacob una Ecclesia est eius, ad quem et gentium concursus et populorum pronuntiat confluere conventum. De qua in alio loco dicit propheta: Surge, illuminare, Hierusalem, quia venit lumen tuum et Gloria Domini super te orta est; et ambulabunt, ait, gentes in lumine tuo et reges in splendore ortus tui; leva in circuitu oculos tuos et vide; omnes isti congregati sunt et venerunt tibi; et aedificabunt, inquit, filii peregrinorum muros tuos et reges eorum ministrabunt*» (155-156, 207-219). Cf. *Is* 2, 2-3; 56, 6-8; 60, 11-14; *Sal* 87.

⁹⁴ Cf. *Dan* 2,34-35; *Is* 2, 2; *Sal* 68,161-76. Citado por I. Rodríguez, *Antigüedad clásica...*, 61. Nos hallamos, pues, ante uno de los nombres aplicados a Cristo como lugar de relación con Dios, cosa que después trataría también Fray Luis de León en su obra *Los Nombres de Cristo*, al darle este nombre a Jesús, de acuerdo con la Sagrada Escritura.

tención: claras lecciones teológicas sobre la unidad y sobre su provecho no sólo para la Iglesia sino para la nación visigoda. A ello se añadían las metáforas bíblicas sobre la unidad, acertadamente elegidas con los ejemplos plásticos de la vida en común de aquellos pueblos que volvían. La fe común que había «dado a luz» tantos pueblos se elevará ahora con las flores y los frutos de quienes se habían reunido para celebrar la gran fiesta de unidad de las gentes visigodas. La Iglesia como padre salta de alegría cuando ve restablecida la unidad familiar. Como cuerpo unido a Cristo, su Cabeza sin la cual no puede vivir, se alegra por la nueva vida recibida. Como esposa de Cristo vela por la unidad de esa «sola carne» en la que no caben elementos extraños o terceros, como la herejía que ama con amor adúltero. Como pastor que da la vida por la unidad de sus ovejas y busca a la descarriada hasta verla reunida en un solo rebaño donde no tiene cabida el lobo de la herejía. Y como dueño único de esa propiedad adquirida al precio de su sangre, se alegra de esa posesión que tenga «*un solo corazón y una sola alma*». Es preciso, contar siempre con Él, como piedra angular de esa casa común que no puede permanecer en pie sin su presencia y como monte y fundamento sobre el que hay que echar los cimientos de cualquier construcción firme y fiable. Como constructor de la unidad ha construido destruyendo el muro que separaba a unos de otros. Por eso, al final de aquel discurso aparecen unidos estrechamente conceptos como los de «posesión», «dominio» y «reino» para hablarnos del gozo de la lograda unidad religiosa y política. Es normal, por tanto, que en muchas oraciones de aquel tiempo aparezca la idea de «dominio» subrayando el título *dominus*⁹⁵, tan presente no sólo en este discurso de Leandro; es normal asimismo que también aparezca lo mismo en el *Liber orationum Psalmographus* cuyo autor pudo haber sido mismo Leandro⁹⁶. Por consiguiente, podemos entender que en esa «*unitas dominationis*», propuesta por Leandro al final de su discurso es donde se fundamenta la fe común de los pueblos hispánicos. En muchas oraciones del *Liber orationum Psalmographus* se había subrayado precisamente «la proyección escatológica de este ‘dominio’ de Cristo... La Iglesia se describe, pues, como ‘*unitas dominationis*’, el dominio conquistado por Cristo

⁹⁵ Esa idea se desarrolla a partir del Salmo 71 en oraciones como la siguiente: «**Dominator Domine** Jesu Christe qui **dominaris** a mari usque ad mare, concede nobis in tuae **dominationis** unitate consistere...» (Oración N° 537: cf. J. PINELL, *El Liber orationum Psalmographus*..., 169).

⁹⁶ Cf. ISIDORUS HISPAL., *De viris illustribus*. PL 83 1103-1104; véase también J. PINELL, *Liber orationum Psalmographus*. Barcelona-Madrid, 1972 [90]-[93].

y mantenido en la unidad por la verdadera fe, preparando desde ahora el reino perpetuo de íntima unión con Cristo»⁹⁷. Queda, por consiguiente, una lección clara: preocupante es la construcción de muros físicos que separan a pueblos y personas, pero más preocupantes y alarmantes son esos otros muros políticos y sociales que alejan y separan aún más a las personas. Rechazar los primeros sin mirar el abismo profundo de los segundos sería una esquizofrenia tan profunda que al final se volvería contra todos como sucedió en la España visigoda.

⁹⁷ J. ALDAZÁBAL, a.c., 16. Otros conceptos sobre este punto: pp. 16-19. Además del final de la Homilía, el concepto aparece también en otros lugares de ese discurso.

